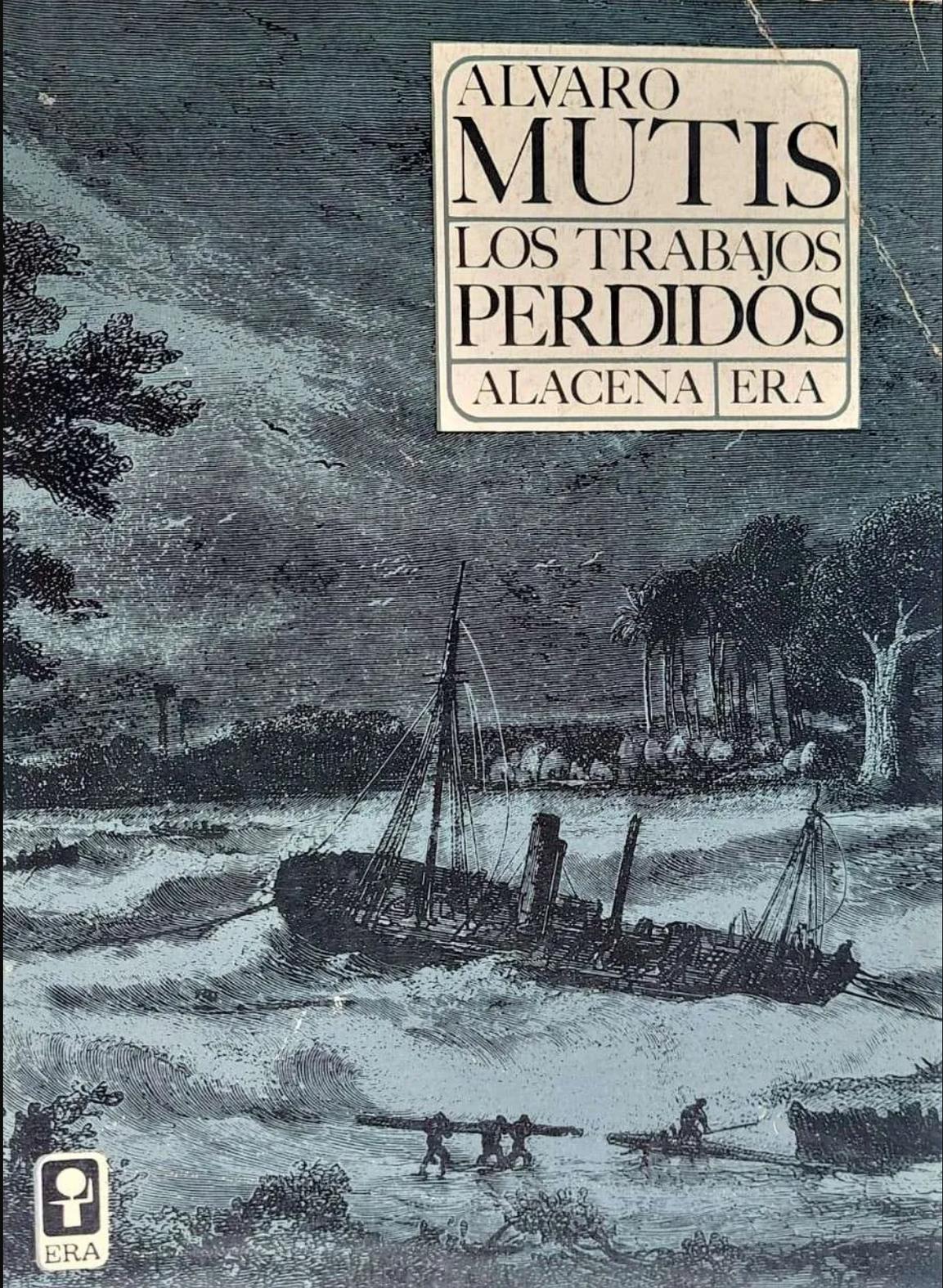


ALVARO  
**MUTIS**  
LOS TRABAJOS  
PERDIDOS  
ALACENA | ERA



# ALACENA



ALVARO MUTIS  
LOS TRABAJOS PERDIDOS



ALVARO MUTIS

---

LOS TRABAJOS  
PERDIDOS

---



ALACENA/ERA

Primera edición, 1965  
DR © EDICIONES ERA, S. A.  
Aniceto Ortega 1358, altos.  
México 12, D. F.  
Impreso y hecho en México.  
*Printed and made in México.*

Para Carmen



I

LOS TRABAJOS  
PERDIDOS



*Amén*

Que te acoja la muerte  
con todos tus sueños intactos.  
Al retorno de una furiosa adolescencia,  
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,  
te distinguirá la muerte con su primer aviso.  
Te abrirá los ojos a sus grandes aguas,  
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.  
La muerte se confundirá con tus sueños  
y en ellos reconocerá los signos  
que antaño fuera dejando,  
como un cazador que a su regreso  
reconoce sus marcas en la brecha.

## *Nocturno*

Respira la noche,  
bate sus claros espacios,  
sus criaturas en menudos ruidos,  
en el crujido leve de las maderas,  
se traicionan.

Renueva la noche  
cierta semilla oculta  
en la mina feroz que nos sostiene.  
Con su leche letal  
nos alimenta  
una vida que se prolonga  
más allá de todo matinal despertar  
en las orillas del mundo.

La noche que respira  
nuestro pausado aliento de vencidos  
nos preserva y protege  
“para más altos destinos”.

*La muerte de Matías Aldecoa*

Ni cuestor en Queronea,  
ni lector en Bolonia,  
ni coracero en Valmy,  
ni infante en Ayacucho;  
en el Orinoco buceador fallido,  
buscador de metales en el verde Quindío,  
farmaceuta ambulante en el cañón del Chicamocha,  
mago de feria en Honda,  
hinchado y verdinoso cadáver  
en las presurosas aguas del Combeima,  
girando en los espumosos remolinos,  
sin ojos ya y sin labios,  
exudando sus más secretas mieles,  
desnudo, mutilado, golpeado sordamente  
contra las piedras,  
descubriendo, de pronto,  
en algún rincón aún vivo  
de su yerto cerebro,  
la verdadera, la esencial materia  
de sus días en el mundo.  
Un mudo adiós a ciertas cosas,  
a ciertas vagas criaturas  
confundidas ya en un último  
relámpago de nostalgia,  
y, luego, nada,

un rodar en la corriente  
hasta vararse en las lianas de la desembocadura,  
menos aún que nada,  
ni cuestor en Queronea,  
ni lector en Bolonia,  
ni cosa alguna memorable.

## *Nocturno*

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.  
Sobre las hojas de plátano,  
sobre las altas ramas de los cámbulos,  
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vas-  
(tísima  
que crece las acequias y comienza a encharchar los ríos  
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.  
La lluvia sobre el zinc de los tejados  
canta su presencia y me aleja del sueño  
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,  
en la noche fresquísima que chorrea  
por entre la bóveda de los cafetos  
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.  
Ahora, de repente, en mitad de la noche  
ha regresado la lluvia sobre los cafetales  
y entre el vocerío vegetal de las aguas  
me llega la intacta materia de otros días  
salvada del ajeno trabajo de los años.

## *Grieta matinal*

Cala tu miseria,  
sondéala, conoce sus más escondidas cavernas.  
Aceita los engranajes de tu miseria,  
ponla en tu camino, ábrete paso con ella  
y en cada puerta golpea  
con los blancos cartílagos de tu miseria.  
Compárala con la de otras gentes  
y mide bien el asombro de sus diferencias,  
la singular agudeza de sus bordes.  
Ampárate en los suaves ángulos de tu miseria.  
Ten presente a cada hora  
que su materia es tu materia,  
el único puerto del que conoces cada rada,  
cada boya, cada señal desde la cálida tierra  
donde llegas a reinar como Crusoe  
entre la muchedumbre de sombras  
que te rozan y con las que tropiezas  
sin entender su propósito ni su costumbre.  
Cultiva tu miseria,  
hazla perdurable,  
aliméntate de su savia,  
envuélvete en el manto tejido con sus más secretos hilos.  
Aprende a reconocerla entre todas,  
no permitas que sea familiar a los otros  
ni que la prolonguen abusivamente los tuyos.

Que te sea como agua bautismal  
brotada de las grandes cloacas municipales,  
como los arroyos que nacen en los mataderos.  
Que se confunda con tus entrañas, tu miseria ;  
que contenga desde ahora los capítulos de tu muerte,  
los elementos de tu más certero abandono.  
Nunca dejes de lado tu miseria,  
así descanses a su vera  
como junto al blanco cuerpo  
del que se ha retirado el deseo.  
Ten siempre lista tu miseria  
y no permitas que se evada por distracción o engaño.  
Aprende a reconocerla hasta en sus más breves signos:  
el encogerse de las finas hojas del carbonero,  
el abrirse de las flores con la primera frescura de la tarde,  
la soledad de una jaula de circo varada en el lodo  
del camino, el hollín en los arrabales,  
el vaso de latón que mide la sopa en los cuarteles,  
la ropa desordenada de los ciegos,  
las campanillas que agotan su llamado  
en el solar sembrado de eucaliptos,  
el yodo de las navegaciones.  
No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día.  
Aprende a guardarla para las horas de tu solaz  
y teje con ella la verdadera,  
la sola materia perdurable  
de tu episodio sobre la tierra.

*“Un bel morir...”*

De pie en una barca detenida en medio del río  
cuyas aguas pasan en lento remolino  
de lodos y raíces,  
el misionero bendice la familia del cacique.  
Los frutos, las joyas de cristal, los animales, la selva,  
reciben los breves signos de la bienaventuranza.  
Cuando descienda la mano  
habré muerto en mi alcoba  
cuyas ventanas vibran al paso del tranvía  
y el lechero acudirá en vano por sus botellas vacías.  
Para entonces quedará bien poco de nuestra historia,  
algunos retratos en desorden,  
unas cartas guardadas no sé donde,  
lo dicho aquel día al desnudarte en el campo.  
Todo irá desvaneciéndose en el olvido  
y el grito de un mono,  
el manar blancuzco de la savia  
por la herida corteza del caucho,  
el chapoteo de las aguas contra la quilla en viaje,  
serán asunto más memorable que nuestros largos abrazos.

## *Cita*

*In memoriam J. G. D.*

Bien sea a la orilla del río que baja de la cordillera  
golpeando sus aguas contra troncos y metales dormidos,  
en el primer puente que lo cruza y que atraviesa el tren  
en un estruendo que se confunde con el de las aguas;  
allí, bajo la plancha de cemento,  
con sus telarañas y sus grietas  
donde moran grandes insectos y duermen los murciélagos;  
allí, junto a la fresca espuma que salta contra las piedras;  
allí bien pudiera ser.

O tal vez en un cuarto de hotel,  
en una ciudad a donde acuden los tratantes de ganado,  
los comerciantes en mieles, los tostadores de café.  
A la hora de mayor bullicio en las calles,  
cuando se encienden las primeras luces  
y se abren los burdeles  
y de las cantinas sube la algarabía de los tocadiscos,  
el chocar de los vasos y el golpe de las bolas de billar;  
a esa hora convendría la cita  
y tampoco habría esta vez incómodos testigos,  
ni gentes de nuestro trato,  
ni nada distinto de lo que antes te dije:  
una pieza de hotel, con su aroma a jabón barato

y su cama manchada por la cópula urbana  
de los ahítos hacendados.  
O quizá en el hangar abandonado en la selva,  
a donde arrimaban los hidroaviones para dejar el correo.  
Hay allí un cierto sosiego, un gótico recogimiento  
bajo la estructura de vigas metálicas  
invadidas por el óxido  
y teñidas por un polen color naranja.  
Afuera, el lento desorden de la selva,  
su espeso aliento recorrido  
de pronto por la gritería de los monos  
y las bandadas de aves grasientas y rijosas.  
Adentro, un aire suave poblado de líquenes  
listado por el tañido de las láminas.  
También allí la soledad necesaria,  
el indispensable desamparo, el acre albedrío.  
Otros lugares habría y muy diversas circunstancias;  
pero al cabo es en nosotros  
donde sucede el encuentro  
y de nada sirve prepararlo ni esperarlo.  
La muerte bienvenida nos exime de toda vana sorpresa.

## *Ciudad*

Un llanto,  
un llanto de mujer  
interminable,  
sosegado,  
casi tranquilo.

En la noche, un llanto de mujer me ha despertado.  
Primero un ruido de cerradura,  
después unos pies que vacilan  
y luego, de pronto, el llanto.  
Suspiros intermitentes  
como caídas de un agua interior,  
densa,  
imperiosa,  
inagotable,  
como esclusa que acumula y libera sus aguas  
o como hélice secreta  
que detiene y reanuda su trabajo  
trasegando el blanco tiempo de la noche.  
Toda la ciudad se ha ido llenando de este llanto,  
hasta los solares donde se amontonan las basuras,  
bajo las cúpulas de los hospitales,  
sobre las terrazas del verano,  
en las discretas celdas de la prostitución,  
en los papeles que se deslizan por solitarias avenidas,  
con el tibio vaho de ciertas cocinas militares,

en las medallas que reposan en joyeros de teca,  
un llanto de mujer que ha llorado largamente  
en el cuarto vecino,  
por todos los que cavan su tumba en el sueño,  
por los que vigilan la mina del tiempo,  
por mí que lo escucho  
sin conocer otra cosa  
que su frágil rodar por la intemperie  
persiguiendo las calladas arenas del alba.

## *Cita*

Y ahora que sé que nunca visitaré Estambul,  
me entero que me esperan en la calle de Shidah Kardessi,  
en el cuarto que está encima de la tienda del oculista.  
Un golpe de aguas contra las piedras de la fortaleza,  
me llamará cada día y cada noche  
hasta cuando todo haya terminado.  
Me llamará sin otra esperanza  
que la del azar agridulce  
que tira de los hilos neciamente  
sin atender la música  
ni seguir el asunto en el libreto.  
Entretanto, en la calle de Shidah Kardessi  
tomo posesión de mis asuntos  
mientras se extiende el tiempo  
en ondas crecientes y sin pausa  
desde el cuarto que está encima  
de la tienda del oculista.

## *La muerte del Capitán Cook*

Cuando le preguntaron cómo era Grecia, habló de una larga fila de casas de salud levantadas a orillas de un mar cuyas aguas emponzoñadas llegaban hasta las angostas playas de agudos guijarros, en olas lentas como el aceite.

Cuando le preguntaron cómo era Francia, recordó un breve pasillo entre dos oficinas públicas en donde unos guardias tiñosos registraban a una mujer que sonreía avergonzada, mientras del patio subía un chapoteo de cables en el agua.

Cuando le preguntaron cómo era Roma, descubrió una fresca cicatriz en la ingle que dijo ser de una herida recibida al intentar romper los cristales de un tranvía abandonado en las afueras y en el cual unas mujeres embalsamaban a sus muertos.

Cuando le preguntaron si había visto el desierto, explicó con detalle las costumbres eróticas y el calendario migratorio de los insectos que anidan en las porosidades de los mármoles comidos por el salitre de las radas y gastados por el manoseo de los comerciantes del litoral.

Cuando le preguntaron cómo era Bélgica, estableció la relación entre el debilitamiento del deseo ante una mujer desnuda que, tendida de espaldas, sonríe torpemente y la oxidación intermitente y progresiva de ciertas armas de fuego.

Cuando le preguntaron por un puerto del Estrecho, mostró el ojo disecado de un ave de rapiña dentro del cual danzaban las sombras del canto.

Cuando le preguntaron hasta dónde había ido, respondió que un carguero lo había dejado en Valparaíso para cuidar de una ciega que cantaba en las plazas y decía haber sido deslumbrada por la luz de la Anunciación.

## *Cada poema*

Cada poema un pájaro que huye  
del sitio señalado por la plaga.  
Cada poema un traje de la muerte  
por las calles y plazas inundadas  
en la cera letal de los vencidos.  
Cada poema un paso hacia la muerte,  
una falsa moneda de rescate,  
un tiro al blanco en medio de la noche  
horadando los puentes sobre el río,  
cuyas dormidas aguas viajan  
de la vieja ciudad hacia los campos  
donde el día prepara sus hogueras.  
Cada poema un tacto yerto  
del que yace en la losa de las clínicas,  
un ávido anzuelo que recorre  
el limo blando de las sepulturas.  
Cada poema un lento naufragio del deseo,  
un crujir de los mástiles y jarcias  
que sostienen el peso de la vida.  
Cada poema un estruendo de lienzos que derrumban  
sobre el rugir helado de las aguas  
el albo aparejo del velamen.  
Cada poema invadiendo y desgarrando  
la amarga telaraña del hastío.  
Cada poema nace de un ciego centinela

que grita al hondo hueco de la noche  
el santo y seña de su desventura.  
Agua de sueño, fuente de ceniza,  
piedra porosa de los mataderos,  
madera en sombra de las siemprevivas,  
metal que dobla por los condenados,  
aceite funeral de doble filo,  
cotidiano sudario del poeta,  
cada poema esparce sobre el mundo  
el agrio cereal de la agonía.

## *Señal*

Van a cerrar el parque.

En los estanques

nacen de pronto amplias cavernas  
en donde un tenue palpitar de hojas  
denuncia los árboles en sombra.

Una sangre débil de consistencia,  
una savia rosácea,  
se ha vertido sin descanso  
en ciertos rincones del bosque,  
sobre ciertos bancos.

Van a cerrar el parque

y la infancia de días impasibles y asoleados,  
se perderá para siempre en la irrescatable tiniebla.

He alzado un brazo para impedirlo;  
ahora, más tarde, cuando ya nada puede hacerse.

Intento llamar y una gasa funeral  
me ahoga todo sonido  
no dejando otra vida  
que esta de cada día  
usada y ajena  
a la tensa vigilia de otros años.

*Breve poema de viaje*

Desde la plataforma del último vagón  
has venido absorta en la huida del paisaje.  
Si al pasar por una avenida de eucaliptos  
advertiste cómo el tren parecía entrar  
en una catedral olorosa a tisana y a fiebre;  
si llevas una blusa que abriste  
a causa del calor,  
dejando una parte de tus pechos descubierta;  
si el tren ha ido descendiendo  
hacia las ardientes sabanas en donde el aire se queda  
detenido y las aguas exhiben una nata verdinosa,  
que denuncia su extrema quietud  
y la inutilidad de su presencia;  
si sueñas en la estación final  
como un gran recinto de cristales opacos  
en donde los ruidos tienen  
el eco desvelado de las clínicas;  
si has arrojado a lo largo de la vía  
la piel marchita de frutos de alba pulpa;  
si al orinar dejaste sobre el rojizo balasto  
la huella de una humedad fugaz  
lamida por los gusanos de la luz;  
si el viaje persiste por días y semanas,  
si nadie te habla y, adentro,  
en los vagones atestados de comerciantes y peregrinos,

te llaman por todos los nombres de la tierra,  
si es así,  
no habré esperado en vano  
en el breve dintel del cloroformo  
y entraré amparado por una cierta esperanza.

## *Batallas hubo*

### I

Casi al amanecer, el mar morado,  
llanto de las adormideras, roca viva,  
pasto a las luces del alba,  
triste sábana que recoge entre asombros  
la mugre del mundo.

Casi al amanecer, en playas de pizarra  
y agudos caracoles y cortantes corolas,  
batallas hubo, grandes guerras mudas  
dejaron sus huellas.

Se trataba, por fin,  
del amor y sus hirientes hojas,  
nada nuevo.

Batallas hubo a orillas del mar  
que rebota ciego y desordenado,  
como un reptil preso en los cristales del alba.  
Cenizas del amor en los altares del mundo,  
nada nuevo.

### II

De nada vale esforzarse en tan viejas hazañas,  
ni alzar el gozo hasta las más altas cimas de la ola,  
ni vigilar los signos que anuncian la muda invasión

nocturna y sideral que reina sobre las extensiones.  
De nada vale.

Todo torna a su sitio usado y pobre  
y un silencio juicioso se extiende, polvoso y denso,  
sobre cada cosa, sobre cada impulso  
que viene a morir contra la cerrada coraza de los días.  
Las tempestades vencidas, los agitados viajes,  
sólo al olvido acuden, en su hastiado dominio  
se precipitan y preparan nuevas incursiones  
contra la vieja piel del hombre  
que espera su fin  
como pastor de piedra ingenua y aguas ciegas.

### III

Y hay también el tiempo que rueda interminable,  
persistente, usando y cambiando,  
como piedra que cae o carreta que se desboca.  
El tiempo, muchacha, que te esconde en su pecho  
con tus manos seguras y tu melena de legionaria  
y algo de tu piel que permanece;  
el tiempo, en fin, con sus armas ocultas.  
Nada nuevo.

## *Sonata*

Otra vez el tiempo te ha traído  
al cerco de mis sueños funerales.  
Tu piel, cierta humedad salina,  
tus ojos asombrados de otros días,  
con tu voz han venido, con tu pelo.  
El tiempo, muchacha, que trabaja  
como loba que entierra a sus cachorros  
como óxido en las armas de caza,  
como alga en la quilla del navío,  
como lengua que lame la sal de los dormidos,  
como el aire que sube de las minas,  
como tren en la noche de los páramos.  
De su opaco trabajo nos nutrimos  
como pan de cristiano o rancia carne  
que se enjuta en la fiebre de los ghettos.  
A la sombra del tiempo, amiga mía,  
un agua mansa de acequia me devuelve  
lo que guardo de ti para ayudarme  
a llegar hasta el fin de cada día.

*Poema de lástimas a la muerte de Marcel Proust*

¿En qué rincón de tu alcoba, ante qué espejo,  
tras qué olvidado frasco de jarabe,  
hiciste tu pacto?

Cumplida la tregua de años, de meses,  
de semanas de asfixia,  
de interminables días del verano  
vividos entre gruesos edredones,  
buscando, llamando, rescatando,  
la semilla intacta del tiempo,  
construyendo un laberinto perdurable  
donde el hábito pierde su especial energía,  
su voraz exterminio;  
la muerte acecha a los pies de tu cama,  
labrando en tu rostro milenario  
la máscara letal de tu agonía.  
Se pega a tu oscuro pelo de rabino,  
cava el pozo febril de tus ojeras  
y algo de seca flor, de tenue ceniza volcánica,  
de lavado vendaje de mendigo,  
extiende por tu cuerpo  
como un leve sudario de otro mundo  
o un borroso sello que perdura.  
Ahora la ves erguirse, venir hacia ti,  
herirte en pleno pecho malamente  
y pides a Cèleste que abra las ventanas

donde el otoño golpea como una bestia herida.  
Pero ella no te oye ya, no te comprende,  
e inútilmente acude con presurosos dedos de hilandera  
para abrir aún más las llaves del oxígeno  
y pasarte un poco del aire que te esquivo  
y aliviar tu estertor de suplicado.

*Monsieur Marcel ne se rend compte de rien,*  
explica a tus amigos  
que escépticos preguntan por tus males  
y la llamas con el ronco ahogo del que inhala  
el último aliento de su vida.

Tiendes tus manos al seco vacío del mundo,  
rasgas la piel de tu garganta,  
saltan tus dulces ojos de otros días  
y por última vez tu pecho se alza  
en un violento esfuerzo por librarse  
del peso de la losa que te espera.

El silencio se hace en tus dominios,  
mientras te precipitas vertiginosamente  
hacia el nostálgico limbo donde habitan,  
a la orilla del tiempo, tus criaturas.

Vagas sombras cruzan por tu rostro  
a medida que ganas a la muerte  
una nueva porción de tus asuntos  
y, borrando el desorden de una larga agonía,  
surgen tus facciones de astuto cazador babilónico,  
emergen del fondo de las aguas funerales

para mostrar al mundo  
la fértil permanencia de tu sueño,  
la ruina del tiempo y las costumbres  
en la frágil materia de los años.

## *Exilio*

Voz del exilio, voz de pozo cegado,  
voz huérfana, gran voz que se levanta  
como hierba furiosa o pezuña de bestia,  
voz sorda del exilio,  
hoy ha brotado como una espesa sangre  
reclamando mansamente su lugar  
en algún sitio del mundo.

Hoy ha llamado en mí  
el griterío de las aves que pasan en verde algarabía  
sobre los cafetales, sobre las ceremoniosas hojas del banano,  
sobre las heladas espumas que bajan de los páramos,  
golpeando y sonando  
y arrastrando consigo la pulpa del café  
y las densas flores de los cámbulos.

Hoy, algo se ha detenido dentro de mí,  
un espeso remanso hace girar,  
de pronto, lenta, dulcemente,  
rescatados en la superficie agitada de sus aguas,  
ciertos días, ciertas horas del pasado,  
a los que se aferra furiosamente  
la materia más secreta y eficaz de mi vida.  
Flotan ahora como troncos de tierno balso,  
en serena evidencia de fieles testigos  
y a ellos me acojo en este largo presente de exilado.

En el café, en casa de amigos, tornan con dolor desteñido  
Teruel, Jarama, Madrid, Irún, Somosierra, Valencia  
y luego Perpignan, Argelés, Dakar, Marsella.

A su rabia me uno, a su miseria  
y olvido así quién soy, de dónde vengo,  
hasta cuando una noche  
comienza el golpeteo de la lluvia  
y corre el agua por las calles en silencio  
y un olor húmedo y cierto  
me regresa a las grandes noches del Tolima  
en donde un vasto desorden de aguas  
grita hasta el alba su vocerío vegetal;  
su destronado poder, entre las ramas del sombrío,  
chorrea aún en la mañana  
acallando el borboteo espeso de la miel  
en los pulidos calderos de cobre.

Y es entonces cuando peso mi exilio  
y mido la irrescatable soledad de lo perdido  
por lo que de anticipada muerte me corresponde  
en cada hora, en cada día de ausencia  
que lleno con asuntos y con seres  
cuya extranjera condición me empuja  
hacia la cal definitiva  
de un sueño que roerá sus propias vestiduras,  
hechas de una corteza de materias  
desterradas por los años y el olvido.

## *Sonata*

¿Sabes qué te esperaba tras esos pasos del arpa llamándote de otro tiempo, de otros días?

¿Sabes por qué un rostro, un gesto, visto desde el tren que se detiene al final del viaje,

antes de perderte en la ciudad que resbala entre la niebla y la lluvia,

vuelven un día a visitarte, a decirte con unos labios sin voz, la palabra que tal vez iba a salvarte?

¡A dónde has ido a plantar tus tiendas! ¿Por qué esa ancla que revuelve las profundidades ciegamente y tú nada sabes?

Una gran extensión de agua suavemente se mece en vastas regiones ofrecidas al sol de la tarde;

aguas del gran río que luchan contra un mar en extremo cruel y helado, que levanta sus olas contra el cielo

y va a perderlas tristemente en la lodosa sabana del delta.

Tal vez eso pueda ser.

Tal vez allí te digan algo.

O callen fieramente y nada sepas.

¿Recuerdas cuando bajó al comedor para desayunar y la viste de pronto, más niña, más lejana, más bella que nunca?

También allí esperaba algo emboscado.

Lo supiste por cierto sordo dolor que cierra el pecho.

Pero alguien habló.

Un sirviente dejó caer un plato.

Una risa en la mesa vecina,

algo rompió la cuerda que te sacaba del profundo pozo  
como a José los mercaderes.

Hablaste entonces y sólo te quedó esa tristeza que ya sabes  
y el dulceamargo encanto por su asombro ante el mundo,  
alzado al aire de cada día como un estandarte que seña-  
lara tu presencia y el sitio de tus batallas.

¿Quién eres, entonces? ¿De dónde salen de pronto esos  
asuntos en un puerto y ese tema que teje la viola  
tratando de llevarte a cierta plaza, a un silencioso y viejo  
parque

con su estanque en donde navegan gozosos los veleros  
del verano?

No se puede saber todo.

No todo es tuyo.

No esta vez, por lo menos. Pero ya vas aprendiendo a  
resignarte y a dejar que

otro poco tuyo se vaya al fondo definitivamente

y quedes más solo aún y más extraño,

como un camarero al que gritan en el desorden matinal  
de los hoteles,

órdenes, insultos y vagas promesas, en todas las lenguas  
de la tierra.

II

RESEÑA DE LOS HOSPITALES  
DE ULTRAMAR

“Al alba guardaban las grandes jaulas con aves”.

*Historia de la Medicina  
en las Indias Orientales*  
VAN DER HOYSTER, 1735

“Los altos muros grises elevaban su fábrica contra el cielo, anunciando la presencia consoladora de aquellos edificios hechos al dolor y antesala de la muerte”.

*Comentarios Médicos de las Indias*  
JUAN DE MALAGA, 1726

“Músicos, bailarines, actores y rameras vivían de las rentas de aquellos Hospitales y creaban y recreaban la maravilla de sus fantasías en las capillas y salones de los mismos”.

*Historiae Institutionibus  
Benefitientiae*  
PIETRO MARTELONI, 1789

*Los siguientes fragmentos pertenecen a un ciclo de relatos y alusiones tejidos por Magroll el Gaviero en la vejez de sus años, cuando el tema de la enfermedad y de la muerte rondaba sus días y ocupaba buena parte de sus noches, largas de insomnio y visitadas de recuerdos.*

*Con el nombre de Hospitales de Ultramar cubría el Gaviero una amplia teoría de males, angustias, días en blanco en espera de nada, vergüenzas de la carne, faltas de amistad, deudas nunca pagadas, semanas de hospital en tierras desconocidas curando los efectos de largas navegaciones por aguas emponzoñadas y climas malignos, fiebres de la infancia, en fin, todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio. Esos eran para él sus Hospitales de Ultramar.*



## *Pregón de los Hospitales*

¡Miren ustedes cómo es de admirar la situación privilegiada de esta gran casa de enfermos!

¡Observen el dombo de los altos árboles cuyas oscuras hojas, siempre húmedas, protegidas por un halo de plateada pelusa, dan sombra a las avenidas por donde se pasean los dolientes!

¡Escuchen el amortiguado paso de los ruidos lejanos, que dicen de la presencia de un mundo que viaja ordenadamente al desastre de los años,  
al olvido, al asombro desnudo del tiempo!

¡Abran bien los ojos y miren cómo la pulida uña del síntoma marca a cada uno con su signo de especial desesperanza!;

sin herirlo casi, sin perturbarlo, sin moverlo de su doméstica órbita de recuerdos y penas y seres queridos,  
para él tan lejanos ya y tan extranjeros en su territorio de duelo.

¡Entren todos a vestir el ojoso manto de la fiebre y conocer el temblor seráfico de la anemia

o la transparencia cerosa del cáncer que guarda su materia muchas noches,

hasta desparramarse en la blanca mesa iluminada por un alto sol voltaico que zumba dulcemente!

¡Adelante señores!

Aquí terminan los deseos imposibles:

el amor por la hermana,  
los senos de la monja,  
los juegos en los sótanos,  
la soledad de las construcciones,  
las piernas de las comulgantes,  
todo termina aquí, señores.

¡Entren, entren!

Obedientes a la pestilencia que consuela y da olvido,  
que purifica y concede la gracia.

¡Adelante!

Prueben

la manzana podrida del cloroformo,  
el blando paso del éter,  
la montera niquelada que ciñe la faz de los moribundos,  
la ola granulada de los febrífugos,  
la engañosa delicia vegetal de los jarabes,  
la sólida lanceta que libera el último coágulo, negro  
ya y poblado por los primeros signos de la transformación.

¡Admiren la terraza donde ventilan algunos sus males  
como banderas en rehén!

¡Vengan todos

feligreses de las más altas dolencias!

Vengan a hacer el noviciado de la muerte, tan útil a  
muchos, tan sabio en dones que infestan la tierra y la  
preparan!

## *El Hospital de la Bahía*

El techo de zinc reventaba al sol sus blancas costras de óxido, como el pulso de una fiebre secreta. Los olores se demoraban en la vasta y única sala, como si fueran húmedas bestias sacudiéndose en la sombra y se mezclaban y cambiaban de identidad con una larga y destartalada pereza de mediodía.

Con su manto sobre los hombros, la fiebre recorría los lechos, sin demorarse en ninguno, pero tampoco dejando alguno sin visitar.

El mar mecía su sucia charca gris y al subir la marea alcanzaba a entrar hasta nuestros lechos. ¡Qué ironía el olor saludable y salinoso de las grandes extensiones, moviéndose preso entre la inmundicia de nuestros males y la agridulce mñeca de las medicinas!

Los alimentos nos eran llevados por gentes del lugar, pescadores astrosos y desconfiados y la mayor de las veces eran imposibles de tragar. A menudo eran mujeres las que nos traían, envuelto en hojas de plátano, el sucio e insípido amasijo de raíces y frutos. Mediante artimañas y quejosas promesas, algunas se dejaban poseer en silencio. Al mediodía era frecuente el espectáculo de una mujer de carnes secas, ya sin pechos ni caderas, comida por el clima y el hambre, soportando el desordenado peso de un enfermo que gemía tiernamente como quien duerme una criatura.

Entonces, los olores giraban enloquecidos y siempre extraños al aroma almidonado y dulce de la cópula.

El sol hería los ojos hinchados y cubiertos de blancas natas, reflejado por el mar siempre a nuestra vista por falta de puerta. Sabíamos que después de este largo suplicio vespertino vendría la invasión de la marea.

Con un murmullo que primero confundíamos con el de la fiebre que sube y gira en las sienes, el agua comenzaba a entrar lentamente hasta inundar casi toda la sala. No tenía ésta piso de madera, sólo la tierra hollada mil veces, negra, lustrosa con la grasa de los enfermos y sus comidas y medicamentos. El agua del mar traída por vientos venidos de muy lejos, el agua de nuestros viajes, el ojo hermoso de materia virgen en eterno desorden, comenzaba a enturbiarse bajo nuestros lechos tristemente.

A menudo la pesadilla de la fiebre nos llevaba de la mano por caminos que conducían al fondo del mar, por entre la marea creciente, y allí, bestias sabias curaban nuestros males y nuestro cuerpo se endurecía para siempre como un lustroso coral en la primavera de las profundidades. Nos despertaba el ruido de la escoba del enfermero que barría, a la madrugada, la fétida sentina del Hospital.

El enfermero... éste sí que sabía algunas cosas admirables y nada tristes. Contaba, por ejemplo, la "Construcción de la Torre de Babel" o "El Rescate de los

Dolientes” o la “Batalla sin Banderas”, largas historias en las cuales él aparecía discretamente, al fondo, como un viejo actor que hubiese conocido antaño los favores del público y que ahora, en un papel muy secundario, tiene aún la seguridad de agradar. Solía el enfermero —nunca le supimos el nombre y siempre le llamamos por el de su oficio— bautizar nuestros males con nombres de muchachas. Y mientras sus manos pacientes y sabias cambiaban las sábanas, preguntaba por nuestro mal como por una doncella que nos hubiera acompañado amorosamente durante el largo y trabajoso trance de nuestras noches.

¡Ah, esos nombres pronunciados de lecho en lecho como una letanía de lejanos recuerdos detenidos en el ebrio dintel de la infancia!

## *En el río*

Derivaba el Gaviero un cierto consuelo de su trato con las gentes. Vertía sobre sus oyentes la melancolía de sus largos viajes y la nostalgia de los lugares que eran caros a su memoria y de los que destilaba la razón de su vida.

Pero fue en el Hospital del Río en donde aprendió a gustar de la soledad y a rescatar en ella la única, la impercedera substancia de sus días. Fue en el río en donde vino a aficionarse a las largas horas de solitario soñador, de sumergido pesquisador de un cierto hilo de claridad que manaba de su vigilia sin compañía ni testigos.

El Hospital había sido construido a orillas de un gran río navegable que cruzaba el interior de un país de minas, cuyo producto bajaba a la costa en oxidados planchones, empujados por un remolcador que cada semana ascendía la corriente con una lenta y terca dificultad de asmático.

La región estaba poblada de grandes árboles de tronco claro y hojas de un perpetuo verde tierno que daban bien poca sombra y protección contra el sol implacable de los trópicos. Habían construido un largo edificio con techo de palma y paredes de ladrillo para que yacieran en él los enfermos que bajaban de las minas, los heridos en los derrumbes y las explosiones, los dolientes, en fin, que eran embarcados en el remolcador y viajaban al mar en busca de una salud que en vano tratarían de rescatar en el breve y miserable tiempo de sus vidas quebradas. Las

minas fueron cerrándose, el remolcador espació sus visitas y fue entonces cuando llegó por aquellos lugares el Gaviero y se instaló en el largo barracón ocupado por una doble hilera de camas carcomidas por el óxido y la verdosa y mansa lama nacida de la humedad y del aire cargado de impalpables y ricas materias vegetales.

Curaba el Gaviero las heridas recibidas en la calle de los burdeles del puerto cuando, en plena ebriedad, insistió en contraer matrimonio con una negra madura y sonriente que exhibía sus grandes senos a la entrada del templo, con una expresión alelada y ausente.

Saltando al río y refugiándose en el remolcador que partía, logró el Gaviero librarse de los airados feligreses. Sin embargo, un cuchillo le había entrado en el vientre dos veces y un brazo se le había dislocado por completo al rodar por las escalinatas del templo.

Curaba el Gaviero sus heridas y meditaba largamente sobre la materia de sus años. Allí le abandonaron los hombres del remolcador, desesperados con los interminables delirios y visiones que atormentaban los días y noches del Gaviero, minado por la fiebre y trabajado por su antigua angustia siempre renovada en las fuentes de su incómoda lucidez de perpetuo exiliado.

El río, en la mañana, estaba cubierto por un vaho lechoso que se disipaba, no al impulso de la brisa —allí corría el río encajonado entre altas cordilleras y jamás la brisa descendía a visitar la región— sino por el golpe

metálico de un sol ausente apenas en la corta estación de las lluvias. Frutos amargos, pescados con un dulzón sabor a lodo y la infusión de las hojas de algunos naranjos salvajes que no producían fruto alguno, eran todo el alimento del convaleciente.

Y de su soledad largamente rumiada y laboriosamente escarbada en los largos días en que yaciera descifrando las grandes manchas que la humedad dejaba en las paredes de ladrillo, derivó el Gaviero algunas enseñanzas perdurables y una costumbre, cada día más acentuada, de estar a solas con sus asuntos.

Supo, por ejemplo, que la carne borra las heridas, lava toda huella del pasado, pero nada puede contra la remembranza del placer y la memoria de los cuerpos a los que se uniera antaño.

Aprendió que hay una nostalgia intacta de todo cuerpo gozado, de todas las horas de gran desorden de la carne en donde nace una verdad de substancia especial y sobre la que el tiempo no tiene ascendiente alguno.

Se confunden los rostros y los nombres, se borran las acciones y los dulces sacrificios hechos por quien se amó una vez, pero el ronco grito del goce se levanta repitiendo su sílaba como las sirenas de las boyas a la entrada del puerto.

Cuando los recuerdos irrumpieron en sus inquietos sueños, cuando la nostalgia comenzó a confundirse con la materia vegetal que lo rodeaba, cuando el curso callado

de las aguas lodosas le distrajo buena parte de sus días en un vacío en el que palpitaba levemente un deseo de poner a prueba la materia conquistada en los extensos meses de soledad, el Gaviero ascendió a las tierras altas, visitó los abandonados socavones de las minas, se internó en ellos y gritó nombres de mujeres y maldiciones obscenas que retumbaban en el afelpado muro de las profundidades.

Se perdió en los páramos recorridos por un viento que empujaba secas semillas y grandes hojas vestidas de una tibia pelusa nacarada. Una patrulla militar lo rescató de la muerte, cuando se había encogido entre las rocas en busca del calor de su propia sangre que apenas circulaba ya por su cuerpo escuálido y tostado por el sol de la cordillera.

## *La cascada*

Entró para lavar sus heridas y bañarse largamente en las frescas aguas de la cascada, protegida por altas paredes que chorreaban una parda humedad vegetal.

Un malsano silencio se extendía desde el tumulto de las aguas que caían de lo alto, a través de un estrecho hueco cercado de plantas azotadas incansablemente por el torrente.

Apartado del tiempo y aislado del ruidoso bochorno de los cafetales, el Gaviero conoció allí de su futuro y le fue dado ver, en toda su desnuda evidencia, la vastedad de su miserable condición.

Una oscura mariposa apareció de repente y con su torpe y lento vuelo comenzó a medir el paso de las horas, chocando a menudo contra las lisas paredes o parándose en la blanca arena del piso, recogidas las alas hasta semejar el perfil de un hacha oxidada.

El miedo se fue apoderando del Gaviero y de su garganta fluía un chillido agudo y contenido, que bien pudiera haberse atribuido al insecto preso en la fresca nada donde caían las aguas interminablemente.

Sus heridas se secaron, también sus ropas se secaron, se secó su piel y el Gaviero seguía inmóvil, sentado en la blanca arena, a orillas del pozc labrado por la caída del torrente y en cuyo fondo se movía una oscura materia

vegetal compuesta de hojas, frutos y tallos arrastrados por las aguas.

Al llegar la noche, el Gaviero hubiera jurado oír cómo movían el aire las quebradizas alas del pesado visitante y cómo su lanoso cuerpo chocaba tristemente contra las quietas rocas de la noche.

Un viento cálido irrumpió en la frescura del recinto y tras él salió el insecto, con un lento subir y bajar de su vuelo, dejando al Gaviero sumido en esa humillada certeza de quien ha conocido la impotencia de sus fuerzas y los rostros de su miseria.

Se vistió lentamente y salió al trepidante calor de las tierras bajas, en donde se mezcló con toda suerte de gentes, guardando siempre, en un escondido rincón de su alma, ese tiempo apresado por las altas paredes en donde chocaban atrozmente el grito de las aguas al caer y la derrota de sus asuntos.

## *El coche de segunda*

Alguna vez habían construido allí una vía para el tren y los rieles llegaron hasta el final de la curva, trazada sobre el precipicio que daba al río, la tranquilidad de cuyas aguas color arcilla era recorrida por el sordo girar de amplios remolinos. En la parte más saliente de la curva, estaba detenido el coche de segunda.

La pintura verde se había ido con las lluvias de tantos años y la madera había tomado ese color gris azulado propio del revés de las hojas del banano. El orín y la herrumbre, propiciados por el clima tropical, habían fundido en una sola masa que se deshacía en débiles cáscaras, las ruedas que bien poco conservaban de su forma primitiva y los rieles de cuyo trazo original no quedaba sino una roja y vaga cicatriz.

El techo ligeramente abombado, como el de todos los coches de ferrocarril, estaba invadido de lianas y malezas de donde surgían, a trechos, ciertas flores blancas y pesadas que despedían al atardecer un aroma a medicina de la infancia y a largas tardes de fiebre. Algunas de las ventanillas conservaban aún sus cristales, empañados por un halo lechoso que era como una esencial presencia del clima, su huella más evidente.

De un lado, el coche casi rozaba el alto barranco de roja arcilla cortada a pico del cual sobresalía un anuncio de latón que mostraba un niño en pijama con una vela

encendida en una mano y en la otra un objeto ya imposible de identificar; del otro lado estaba el precipicio, en cuyo fondo, el choque de las aguas contra la orilla producía ese murmullo que acompaña al silencio después de un desastre. De este costado solamente tres ventanillas, las tres últimas, conservaban intactos sus cristales. Por las otras entraba un aire caliente y capitoso que invitaba a un dormitar entre el sudor y el zumbido de los insectos.

Allí había arreglado Maqroll su refugio. Con cuatro tablones arrancados del piso y colocados sobre las dos últimas bancas, improvisó una cama y usando como almohada un atado con sus ropas, se tendió sacudido por la malaria y el hambre. Las horas del día y las de la noche transcurrían en un pausado desplazarse de la luz en el interior del coche y el escaso sueño que le permitían el calor y sus dolencias, no le visitaba hasta la madrugada.

Iban a verle, en ocasiones, dos mujeres que preparaban la comida para los peones de una mina situada en otra curva del río, más abajo. Algunas de las sobras que siempre le traían, eran su único alimento. Ignorándolo las más de las veces, se sentaban a conversar en la plataforma del vagón, las piernas colgando sobre la vía. Se desnudaban hasta la cintura para recibir en la piel la brisa de la tarde que traía un breve residuo de frescura robado a los árboles de la cordillera.

A veces, alguna de ellas se tendía a su lado y en un

abrazo que duraba hasta entrada la noche, buscaba el deseo en el lastimado cuerpo del Gaviero. La otra permanecía en la plataforma y continuaba tranquilamente el diálogo con su compañera; cuando ésta no le contestaba, permanecía extasiada contemplando la lejanía azul de la cordillera o la burbujeante vorágine de los remolinos, cuyo monótono círculo rompían a veces grandes troncos arrastrados por la creciente o cadáveres de mulos rodados al abismo, que habían perdido la piel en su viaje por las tormentosas aguas y cuyas grises barrigas giraban locamente hasta encontrar de nuevo el impulso liberador de la corriente.

## *Fragmento*

...de donde salían al amanecer las vagonetas cargadas de enfermos con dirección al Hospital de las Salinas. Una pequeña y muy antigua locomotora de vivos colores, llevaba, lentamente y con esfuerzo, el largo tren de vagonetas pintadas de blanco con una raya azul celeste en el borde superior, en cada una de las cuales viajaban hasta cinco enfermos cómodamente recostados.

A lo largo de la herrumbrosa vía, reventaban las grandes olas en otoño o iban a morir tranquilamente, después de un largo y luminoso rodar por las arenas, en verano.

¡Qué inolvidable visión la de las blancas sábanas que envolvían los cuerpos lastimados en el hediondo aceite de los males, flotando sobre la fresca lejanía de las aguas, como una dicha que desenrolla sus símbolos!

Todo el día duraba el viaje de los enfermos. Al caer la tarde y con las primeras y quietas luces nocturnas, descendían, entumecidos y quejosos, pero tranquilos ya y purificados, como si hubieran llegado de las más apartadas y vírgenes regiones del agua.

El tren volvía por la noche con un ruido de hierros que golpean neciamente, con un escándalo metálico de oxidadas armas en desuso, con un chirrido amargo de cadalso imposible en la soledad marina y lunar.

Un gran resplandor se hacía poco rato después, pro-

ducido por la incineración de las sábanas y vendajes que habían cubierto los cuerpos durante el viaje. El humo subía hasta oscurecer una parte del cielo y...

## *El Hospital de los Soberbios*

Al terminar una calle y formando una plazuela cuadrangular, se elevaba un oscuro edificio de cuatro pisos de ladrillo rojo con amplias ventanas iluminadas, noche y día, por una luz amarilla y mortecina.

Allí padecían los Soberbios, los que manejaban la ciudad, los dueños y dispensadores de todas las prebendas, los que decidían en última instancia desde el contrato para la construcción de un gran estadio hasta la mínima cuenta de un albañil de las alcantarillas.

El desorden de sus poderes, la horrible variedad de sus soberbias, expresada en cada caso con los más hondos e hirientes matices; la larga historia de sus enfermedades —que era preciso oír con devota atención antes de explicar la razón de la visita—; la fetidez de las salas en donde moraban y despachaban al mismo tiempo sus asuntos, rodeados siempre de frascos y recipientes en los que se mezclaban las drogas y las deyecciones, los perfumes y los regalos en especies que acumulaban los solicitantes y que servían a los dolientes de constante alimento a su irritable gula; la luz siempre escasa de las salas, que hacía tan difícil leer la multitud de papeles, documentos, pruebas, recibos y cuentas que se requerían en cada caso; todo ello hacía para mí detestable la visita de aquel puerto a donde llegábamos todos los años, ya entrada la estación, cargados de húmedos fardos de

mercancías y en medio de nieblas que dificultaban las labores de atraque.

El permiso para descargar las mercancías y todos los trámites de uso para zarpar, debía yo arreglarlos en el Hospital, pues al Capitán le estaba vedado entrar allí, por no sé qué razones de sangre, religión y precedencia de castas, que según los más arbitrarios designios habían instituido los moradores de la gran casa de ladrillo.

A menudo coincidían mis gestiones con el día de permiso para entrada de las mujeres. Sus repelentes risitas de rata se escuchaban entonces en el fondo de las salas y los enfermos alargaban interminablemente sus asuntos mientras satisfacían su deseo con desesperante lentitud, en presencia de los fatigados solicitantes que debían permanecer de pie. Nunca pude ver bien el rostro o siquiera las formas de las mujeres que visitaban las salas, pero jamás olvidaré sus risas contenidas y agudas, simiescas e histéricas, que puntuaban las largas esperas hasta agotar los nervios.

En un desorden de cobijas y sábanas manchadas por todas las inmundicias, reposaba su blanda e inmensa estatura de diabético, el enfermo que conocía de los asuntos de embarque. Su voz salía por entre las flemas de la hinchada y fofa garganta en donde las palabras perdían toda entonación y sentido. Era como si un muerto hablara por entre el lodo de sus pecados. Gustaba dar largas explicaciones sobre el por qué de cada sello y la

razón de cada firma, a tiempo que se extendía caprichosamente en comentarios y detalles sobre sus dolencias y sus medicinas.

Al salir del Hospital, aún seguían flotando ante mis ojos los pliegues de su lisa papada, moviéndose para dar paso a las palabras, como un intestino de miseria, y el largo catálogo de las pócimas se mezclaba en mi mente con la enumeración interminable de los requisitos exigidos para zarpar de aquel puerto de maldición.

## *Morada*

Se internaba por entre altos acantilados cuyas lisas paredes verticales penetraban mansamente en un agua dormida.

Navegaba en silencio. Una palabra, el golpe de los remos, el ruido de una cadena en el fondo de la embarcación, retumbaban largamente e inquietaban la fresca sombra que iba espesándose a medida que penetraba en la isla.

En el atracadero, una escalinata ascendía suavemente hasta el promontorio más alto sobre el que flotaba un amplio cielo en desorden.

Pero antes de llegar allí y a tiempo que subía las escaleras, fue descubriendo, a distinta altura y en orientación diferente, amplias terrazas que debieron servir antaño para reunir la asamblea de oficios o ritos de una fe ya olvidada. No las protegía techo alguno y el suelo de piedra porosa devolvía durante la noche el calor almacenado en el día, cuando el sol daba de lleno sobre la pulida superficie.

Eran seis terrazas en total. En la primera se detuvo a descansar y olvidó el viaje, sus incidentes y miserias.

En la segunda olvidó la razón que lo moviera a venir y sintió en su cuerpo la mina secreta de los años.

En la tercera recordó esa mujer alta, de grandes ojos oscuros y piel grave, que se le ofreció a cambio de un delicado teorema de afectos y sacrificios.

Sobre la cuarta rodaba el viento sin descanso y barría hasta la última huella del pasado.

En la quinta unos lienzos tendidos a secar le dificultaron el paso. Parecían esconder algo que, al final, se disolvió en una vaga inquietud semejante a la de ciertos días de la infancia.

En la sexta terraza creyó reconocer el lugar y cuando se percató que era el mismo sitio frecuentado años antes con el ruido de otros días, rodó por las anchas losas con los estertores de la asfixia. . .

A la mañana siguiente el practicante de turno lo encontró aferrado a los barrotes de la cama, las ropas en desorden y manando aún por la boca atónita la fatigada y oscura sangre de los muertos.

## *Las plagas de Maqroll*

“Mis Plagas”, llamaba el Gaviero a las enfermedades y males que le llevaban a los Hospitales de Ultramar. He aquí algunas de las que con más frecuencia mencionaba:

Un gran hambre que aplaca la fiebre y la esconde en la dulce cera de los ganglios.

La incontrolable transformación del sueño en un sucederse de brillantes escamas que se ordenan hasta reemplazar la piel por un deseo incontenible de soledad.

La desaparición de los pies como última consecuencia de su vegetal mutación en desobediente materia tranquila.

Algunas miradas, siempre las mismas, en donde la sospecha y el absoluto desinterés aparecen en igual proporción.

Un ala que sopla el viento negro de la noche en la miseria de las navegaciones y que aleja toda voluntad, todo propósito de sobrevivir al orden cerrado de los días que se acumulan como lastre sin rumbo.

La espera gratuita de una gran dicha que hierve y se prepara en la sangre, en olas sucesivas, nunca presentes y determinadas, pero evidentes en sus signos:

Un irritable y constante deseo, una especial agilidad para contestar a nuestros enemigos, un apetito por carnes de caza preparadas en un intrincado dogma de especies y la obsesiva frecuencia de largos viajes en los sueños.

El ordenamiento presuroso de altas fábricas en caminos despoblados.

El castigo de un ojo detenido en su duro reproche de escualo que gasta su furia en la ronda transparente del acuario.

Un apetito fácil por ciertos dulces de maicena teñida de rosa y que evocan la palabra Marianao.

La división del sueño entre la vida del colegio y ciertas frescas sepulturas.

## *El mapa*

Solía referirse el Gaviero a su Mapa de los Hospitales de Ultramar y alguna vez llegó hasta mostrarlo a sus amigos, sin dar mayores explicaciones, es cierto, sobre el significado de algunas escenas que ilustraban la carta. Eran nueve en total y representaban lo que sigue:

### I

Un jinete encarnado  
galopa por la estepa.  
Su sable alcanza al  
sol atónito  
que lo espera extendido  
en un golfo bañado  
de tibio silencio.

### II

Las armas enterradas  
en lo más espeso  
del bosque  
indican el nacimiento de un gran río.  
Un guerrero herido señala  
con énfasis el lugar.

Su mano llega hasta  
el desierto  
y sus pies descansan  
en una hermosa ciudad  
de plazas soleadas y blancas.

III

El Gran Jefe ofrece  
la Pipa de la Paz  
a un cazador de búfalos  
cuya mirada cae distraída sobre  
las tiendas de colores  
y el humo acre de las hogueras.  
Un ciervo se acerca tristemente.

IV

Los frutos de un ingrato  
sabor metálico, señalan  
las Islas Lastimeras.  
Un barco naufraga tranquilo  
y los marinos reman hacia  
la playa en donde un jabalí  
entierra su presa. La arena  
enceguece a los dioses.

v

Un aire frío pasa  
sobre la dura concha  
de los crustáceos.  
Un gran alarido raya  
el cielo con su helado  
relámpago de ira.  
Como un tapete gris  
llegan la noche y el espanto.

vi

La diligencia corre desbocada  
y una mujer pide auxilio,  
las ropas en desorden  
y los cabellos al viento.  
El conductor bebe un  
gran vaso de sidra  
reclinado con desgano  
en un torso de mármol.  
Los erizos señalan  
la ruta con sus largas  
espinas nocturnas.

VII

Un hidroavión vuela  
sobre la selva. Allá,  
abajo, lo saludan las misioneras  
que preparan el matrimonio  
del cacique. Un olor a canela  
se esparce por el ámbito  
y va a confundirse con el  
lejano zumbido de la nave.

VIII

Una ciudad cercada de alta piedra  
esconde el rígido cadáver de la reina  
y la carroña grave y dulce de su último  
capricho, un vendedor de helados  
peinado como una colegiala.

IX

Venus nace de la rala  
copa de un cocotero  
y en su diestra lleva  
el fruto del banano  
con la cáscara pendiente  
como un tierno palio de oro.

Llega el Verano  
y un pescador cambia  
una libra de almejas  
por una máscara de esgrima.

*Moirologhia\**

Un cardo amargo se demora para siempre en tu garganta  
¡oh Detenido!

Pesado cada uno de tus asuntos  
no perteneces ya a lo que tu interés y vigilia reclamaban.  
Ahora inauguras la fresca cal de tus nuevas vestiduras,  
ahora estorbas, ¡Oh Detenido!

Voy a enumerarte algunas de las especies de tu nuevo  
(reino

desde donde no oyes a los tuyos deglutir tu muerte y  
hacer memoria melosa de tus intemperancias.

Voy a decirte algunas de las cosas que cambiarán para ti,  
¡oh yerto sin mirada!

Tus ojos te serán dos túneles de viento fétido, quieto,  
(fácil, incoloro,

Tu boca moverá pausadamente la mueca de su deslei-  
(miento.

Tus brazos no conocerán más la tierra y reposarán en  
(cruz,

vanos instrumentos solícitos a la carie acre que los invade.  
¡Ay, desterrado! Aquí terminan todas tus sorpresas,  
tus ruidosos asombros de idiota.

Tu voz se hará del callado rastreo de muchas y diminutas  
(bestias de color pardo,

\* *Moirologhia* es un lamento o treno que cantan las mujeres del Peloponeso alrededor del féretro o la tumba del difunto.

de suaves derrumbamientos de materia polvosa ya y ele-  
(vada en pequeños túmulos  
que remedan tu estatura y que sostiene el aire sigiloso  
(y ácido de los sepulcros.

Tus firmes creencias, tus vastos planes  
para establecer una complicada fe de categorías y  
(símbolos;

tu misericordia con otros, tu caridad en casa,  
tu ansiedad por el prestigio de tu alma entre los vivos,  
tus luces de entendido,

en qué negro hueco golpean ahora,  
cómo tropiezan vanamente con tu materia en derrota.

De tus proezas de amante,  
de tus secretos y nunca bien satisfechos deseos,  
del torcido curso de tus apetitos,  
qué decir, ¡oh sosegado!

De tu magro sexo encogido sólo mana ya la linfa rosácea  
(de tus glándulas,

las primeras visitadas por el signo de la descomposición.

¡Ni una leve sombra quedará en la caja para testimoniar  
(tus concupiscencias!

“Un día seré grande...” solías decir en el alba  
de tu ascenso por las jerarquías.

Ahora lo eres, ¡oh Venturoso! y en qué forma.

Te extiendes cada vez más

y desbordas el sitio que te fuera fijado

en un comienzo para tus transformaciones.

Grande eres en olor y palidez,  
en desordenadas materias que se desparraman y te  
(prolongan.

Grande como nunca lo hubieras soñado,  
grande hasta sólo quedar en tu lugar, como testimonio  
(de tu descanso,  
el breve cúmulo terroso de tus cosas más minerales y  
(tercas.

Ahora, ¡oh tranquilo desheredado de las más gratas  
(especies!,

eres como una barca varada en la copa de un árbol,  
como la piel de una serpiente olvidada por su dueña en  
(apartadas regiones,

como joya que guarda la ramera bajo su colchón astroso,  
como ventana tapiada por la furia de las aves,  
como música que clausura una feria de aldea,  
como la incómoda sal en los dedos del oficiante,  
como el ciego ojo de mármol que se enmohece y cubre  
(de inmundicia,

como la piedra que da tumbos para siempre en el fondo  
(de las aguas,

como trapos en una ventana a la salida de la ciudad,

como el piso de una triste jaula de aves enfermas,

como el ruido del agua en los lavatorios públicos,

como el golpe a un caballo ciego,

como el éter fétido que se demora sobre los techos,

como el lejano gemido del zorro

cuyas carnes desgarran una trampa escondida a la orilla  
(del estanque,  
como tanto tallo quebrado por los amantes en las tardes  
(de verano,  
como centinela sin órdenes ni armas,  
como muerta medusa que muda su arco iris por la opaca  
(leche de los muertos,  
como abandonado animal de caravana,  
como huella de mendigos que se hunden al vadear una  
(charca que protege su refugio,  
como todo eso ¡oh varado entre los sabios cirios!  
¡Oh surto en las losas del ábside!

Se terminó de imprimir el  
día 10 de marzo de 1965 en  
los Talleres Gráficos de LI-  
BRERÍA MADERO, S. A. Aniceto  
Ortega 1358, México 12,  
D. F. Edición de 1,000 ejem-  
plares y sobrantes para  
reposición

Nº 681



# ALACENA

## ENSAYO

Alfonso Reyes: Oración del 9 de febrero  
Salvador Novo: Breve historia de Coyoacán  
Jaime García Terrés: Grecia 60, poesía y verdad  
Carlos Valdés: Crónicas del vicio y la virtud  
Fernando Benítez: La ruta de la libertad

## RELATO

Carlos Fuentes: Aura  
Juan García Ponce: La noche  
José Emilio Pacheco: El viento distante  
Juan Vicente Melo: Fin de semana  
Alejandro Jodorowsky: Cuentos pánicos  
Max Aub: Geografía

## POESIA

Pedro Garfias: Primavera en Eaton Hastings  
Homero Aridjis: Antes del reino  
Jomi García Ascot: Un otoño en el aire  
Alvaro Mutis: Los trabajos perdidos

## TEATRO

Salvador Novo: Ha vuelto Ulises  
Miguel Barbachano Ponce: Los pájaros  
Luis Guillermo Piazza: El tuerto de oro

EDICIONES ERA, S. A.

Aunque Alvaro Mutis había publicado ya en su país natal, Colombia, un libro de poemas: *La balanza* (1947), con la aparición de *Los elementos del desastre* (Buenos Aires, 1953), fue señalado entre los poetas verdaderamente originales en la nueva poesía hispanoamericana. Esas virtudes se confirmaron, asimismo, en un volumen de narraciones: *Diario de Le-cumberri* que une testimonio y ficción, experiencias vivas e imaginaciones.

*Los trabajos perdidos* es un conjunto de poemas líricos, la mayoría escritos durante los años que Alvaro Mutis ha pasado en México. Invocaciones, plegarias, elegías, rescate de la intacta materia de otros tiempos, conciencia del exilio y la soledad de lo destruido, estos poemas dibujan con intensidad y precisión verbal, una historia que trasciende la circunstancia biográfica de su autor para ser, como toda auténtica poesía, afín a los demás; para hablar a la propia memoria y sus imágenes.

*La Reseña de los Hospitales de Ultramar* —segunda parte de este volumen— está integrada por relatos y poemas de un personaje singular: Magroll el Gaviero. Teoría de males, angustias, días en blanco en espera de nada, vergüenzas de la carne, deudas nunca pagadas, navegaciones por tierras y aguas emponzoñadas... todos los pasos que da el hombre gastándose, sabiendo que acabará en el aire sigiloso y ácido de los sepulcros. Mataderos, prisiones, leprosarios, arenales, bosques de fiebre, ríos surcados de cadáveres, objetos invadidos por la maleza y la herrumbre, son las cosas y los paisajes del Gaviero: acre reflexión sobre una realidad presente, una desesperanza que es la nuestra.